

La victoria estratégica

La Batalla de Las Mercedes: los primeros cuatro días del cerco

(Capítulo 23)

El mismo día 29 de julio, cuando dispuse el traslado de Daniel a la emboscada de contención de la tropa de Arroyón, y el de Guillermo y Lalo a la emboscada contra el eventual refuerzo enemigo, envié otra fuerza bien equipada hacia Las Mercedes. En esencia, la operación de Las Mercedes estaba concebida según el mismo esquema ya probado con éxito en ocasiones anteriores, es decir, un cerco a la tropa principal, y una fuerte línea de contención y rechazo a cualquier posible refuerzo que pudiera venir en auxilio de la tropa cercada. Pero en este caso había que tomar en cuenta nuevas consideraciones.

En primer lugar, la operación de Las Mercedes debía desarrollarse en un terreno de características diferentes. El relieve en Las Mercedes, si bien no era completamente llano, era mucho menos accidentado que en el interior de la montaña. El pequeño poblado de Las Mercedes, donde se encontraba acampada la fuerza enemiga, estaba rodeado casi en su totalidad por pequeñas ondulaciones o colinas de potreros, en su mayoría, desprovistas de monte. Por el suroeste, los altos de La Güira —donde Cuevas había sostenido un exitoso combate el 19 de junio— y de Jigüe —otro Jigüe, por supuesto, no el de la gran batalla del Sur— cerraban en arco el panorama. Por el sureste, a partir del mismo caserío, el terreno se elevaba de forma repentina hacia el alto de El Moro y, más allá, la loma de El Gurugú, posiciones que habían sido ocupadas en momentos anteriores por escuadras de Raúl Castro Mercader y otros capitanes rebeldes en la subida hacia el firme de la Maestra en la zona de San Lorenzo. Sin embargo, al Este, el terreno se deslizaba súbitamente hacia el llano, con destino a la zona de Bajo Largo y, más allá, El Jíbaro y Jibacoa. Hacia el Norte, Las Mercedes eran separadas del llano por el largo arco de la loma de La Herradura, donde había hecho su primera resistencia efectiva la escuadra de Angelito Verdecia el primer día de la ofensiva enemiga por este sector.

En segundo lugar, partiendo de la premisa de que cualquier refuerzo que intentara socorrer a una tropa sitiada en Las Mercedes utilizaría con mayor probabilidad el camino de carros desde Estrada Palma y el Cerro hasta este poblado, la operación contra el refuerzo tendría que desarrollarse en un terreno completamente llano y desprovisto de vegetación boscosa significativa.

Y en tercer lugar, las mismas características del terreno y la existencia de este camino permitirían al enemigo utilizar todos los medios mecanizados de que pudiera disponer en ese refuerzo. Estoy refiriéndome no solo a camiones



y tanques ligeros, sino también, pesados. Era una posibilidad bien concreta que necesariamente tenía que figurar en nuestros planes. En consecuencia, debíamos sacar el mayor provecho a cuantas minas pudiésemos plantar en el camino, y a cuantas bazucas de las capturadas empleáramos, para lo cual el gran inconveniente era la falta de personal entrenado en el uso de esta arma.

El régimen de Batista no habría podido resistir el cerco y la destrucción de su más famoso batallón de combate, el número 11, y su más experimentado jefe, prácticamente en nuestras manos. Tampoco impidieron la captura de su batería de obuses y el resto de las fuerzas cercadas en Arroyones.

Teniendo en cuenta estos factores, el 29 de julio, cuando distribuí los 250 hombres que traje conmigo hasta La Llorosa, destiné no menos de 100 de ellos a la operación de Las Mercedes. Había decidido encomendar al Che la dirección del cerco. Al día siguiente de la captura de la tropa de las Vegas, mientras se desarrollaban las acciones en Jobal y Cuatro Caminos, el Che se movió con todo su personal hacia Las Mercedes, y cubrió todo el sector sur del cerco, desde el alto de El Moro hasta el de Jigüe. Aquí el Che repartió posiciones entre las escuadras de Joel Iglesias, José Ramón Silva y otros jefes que después participaron en la columna invasora. Comenzaba a dibujarse el cerco, aunque aún no podía considerarse que estaba completo en la zona más llana. Para reforzarlo en ese mismo sector, la mañana del 31 de julio envié una escuadra al mando de Reinaldo Mora,

que se ubicó junto al camino de El Jíbaro en previsión de cualquier avance enemigo desde Cayo Espino por el camino de Purial de Jibacoa y El Jíbaro.

En cuanto al rechazo del refuerzo, decidí colocar la línea principal a la altura de Sao Grande, a dos kilómetros aproximadamente de La Herradura, ya en pleno llano. Era, a mi juicio, el lugar más conveniente a lo largo de todo este trayecto, o mejor sería decir, el de menos inconvenientes. En este punto, el camino atravesaba el pequeño caserío de Sao Grande y, por lo menos, tenía algunas curvas que podrían facilitar cierta sorpresa frente a la avanzada enemiga.

Para allí envié inicialmente a Félix Duque, a El Vaquerito, a Luis Crespo, Eddy Suñol y otros grupos. En total, unos 50 hombres, a quienes esa noche se sumó el combatiente Felipe Cordumy provisto de una bazuca. Poco después dispuse el traslado de Crespo y su escuadra para reforzar más aún el sector sureste del cerco en Las Mercedes, que me parecía el más vulnerable.

El mismo día de las acciones en Jobal y Cuatro Caminos, sin perder un minuto, indiqué el traslado de Guillermo y de los combatientes más antiguos de las fuerzas de Daniel, subordinadas ahora a Pinares, a una zona difícil del cerco de Las Mercedes: las colinas en torno al cementerio, entre el poblado y la falda interior de la loma de La Herradura. No había que ser adivino para prever que ese sería el sector por donde el enemigo trataría de romper el cerco, pues se trataba de la dirección que lo llevaría de manera

más directa a la relativa protección de las fuerzas acantonadas en el Cerro y Estrada Palma. Era, por tanto, el sector que debía ser más reforzado.

La otra fuerza de reserva, la de Lalo Sardiñas, fue movida esa misma noche hacia el alto de Jigüe, con instrucciones de apoyar a Guillermo en caso de un intento de ruptura del cerco por el sector del cementerio. Recuérdese que los pelotones de Guillermo García y Lalo Sardiñas habían sido ubicados desde el día anterior en Cuatro Caminos, como parte de la operación contra la tropa de Arroyón.

Todos estos movimientos se realizaron a pesar de que todavía, a la altura de esa noche del 30 de julio, no teníamos aún certeza de la presencia enemiga en Las Mercedes, pues se habían recibido algunas informaciones confusas acerca de que los guardias habían evacuado la posición junto con la salida de los de Arroyón. Para aclarar el asunto, esa misma noche, mientras yo me movía por la zona de Jigüe en torno a Las Mercedes, el Che envió a Raúl Castro Mercader con algunos hombres a realizar una exploración por las cercanías del campamento enemigo, la cual arrojó como resultado que, en efecto, en Las Mercedes todavía permanecía un buen número de soldados.

A las 2:10 de la madrugada del 31 de julio, el Che le envió un mensaje a Camilo, quien permanecía aún en una falda de la loma de La Llorosa, donde le informaba:

En las Mercedes quedan guardias, los vamos a atacar. Avísale a Fidel para que movilice el mortero, que nos sería muy útil, y tú puedes bajar también, pues allí no haces nada. La trípode, sobre todo nos viene muy bien.

Hay que hacer contacto con Fidel. Daniel murió a las 6 de la tarde. Mándame el detonador de la bomba con toda urgencia.

Poco después, a las 3:30 de esa misma madrugada, Camilo respondió:

Che, el detonador se lo llevó Fidel junto con la bomba. Trataré de hacer contacto con él, no ha venido nadie y no sé dónde puede estar. Tengo que dejar unos hombres aquí por si viene algún mensaje que nos lo manden enseguida.

Ahora mismo movilizaré la gente para bajar lo más rápido posible.

Tendremos que buscar a Fidel a rumbo, no tengo a nadie, creo, que conozca el camino.

En esa misma respuesta, Camilo advirtió al Che sobre sus planes de ataque:

[...] debes tener mucho cuidado al avanzar, los planes de Fidel eran también cercar los guardias en las Mercedes. Cuídate con una